

Índice

<i>Prólogo a esta edición</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Citas y referencias. Advertencia al lector</i>	17
I. Reflexiones sobre «La España eterna»	19
José Antonio y Castilla.....	21
«Unidad de destino en lo universal»	26
La vida como «empresa»	28
José Antonio y el Imperio	32
Algunas precisiones sobre el yugo y las flechas, emblema de la Falange.....	37
II. José Antonio: primeras andanzas con el fascismo	43
<i>El Fascio</i>	43
El Movimiento Español Sindical (MES) y el Frente Español (FE)	55
Sobre el origen del nombre «Falange Española»	61
El acto del teatro de la Comedia.....	66
III. La revista <i>FE</i> y los enemigos de España	69
«O España o marxismo».....	73
El Parlamento	77
Los judíos	80
Los masones.....	83

Los pacifistas	84
Los separatistas	85
La CEDA	88
IV. La Falange, los monárquicos y las elecciones de 1936	95
La Falange y Renovación Española	95
Calvo Sotelo, José Antonio y el Bloque Nacional	100
La Falange y las elecciones de febrero de 1936	106
V. La Falange y la conspiración	119
VI. La entrevista de Jay Allen con José Antonio en la cárcel de Alicante	149
VII. José Antonio: aspectos del hombre (I)	175
El Héroe fascista	176
José Antonio y la violencia	180
Ironía y sarcasmo	195
VIII. José Antonio: aspectos del hombre (II)	199
El autoperfeccionista y el intelectual	199
José Antonio y Federico García Lorca	203
El parlamentarismo	209
Ella	214
IX. José Antonio: mito, utilización y balance final	219
Diego Martínez Barrio (1883-1962)	238
Felipe Sánchez Román (1893-1956)	240
Melquíades Álvarez (1864-1936)	241
Miguel Maura y Gamazo (1887-1971)	242
Manuel Portela Valladares (1868-1952)	243
Mariano Ruiz Funes (1889-1953)	243
Juan Ventosa Calvell (1879-1959)	244

ÍNDICE

José Ortega y Gasset (1883-1955).....	244
Indalecio Prieto (1883-1962).....	245
Agustín Viñuales Pardo (1881-1959).....	245
Gregorio Marañón y Posadillo (1878-1960).....	246
<i>Apéndice</i>	249
<i>Notas</i>	317
<i>Bibliografía seleccionada</i>	337
<i>Índice onomástico</i>	343

Prólogo a esta edición

En 1978 llegué a Madrid con mi familia, habiendo abandonado tres años antes, con la pretensión de ser escritor por libre, el hispanismo académico. Fue una locura, claro, pero creía entonces, y hasta cierto punto sigo creyendo, que los dioses aman a quienes se arriesgan. Ya tenía editor en Londres para una proyectada biografía de Federico García Lorca, pero no tardé en descubrir que iba a ser imposible conseguir en España el apoyo económico necesario para una empresa tan costosa. Por ello decidí escribir entretanto el libro que hoy, gracias a la editorial Aguilar, vuelve a publicarse.

¿Por qué José Antonio Primo de Rivera? En primer lugar, porque me interesaba mucho el fascismo español y me parecía que, a través del fundador de la Falange, iba a poder profundizar más en el tema y tal vez aportar algo nuevo. Y en segundo lugar, porque estimaba que no sería tiempo perdido para mi futura biografía de Lorca, que confiaba poder llevar a buen puerto más adelante, a la vez que me permitiría acceder a gente, por suerte todavía viva, que tuvo un papel de relevancia, mayor o menor, durante los años de la República. Y la República, a cuya vida cultural tanto había contribuido Lorca, me fascinaba. No, no sería tiempo perdido ni muchísimo menos.

Así resultó y, como había previsto, la aventura fue altamente estimulante y positiva. Recuerdo las maravillosas horas pasadas en hemerotecas españolas y extranjeras, y a muchas personas, hoy pasadas a mejor vida, que me ayudaron con mi tarea. Entre ellas, en lugar muy destacado, Ernesto Giménez Caballero, máximo teórico del fascismo español —y que nunca renegó de ello—, que me recibió varias veces en su casa, me prestó amablemente libros, me recomendó otros y, acaso lo más importante, me permitió intuir, por

el simple hecho de estar a su lado y escucharlo, cómo serían los apasionados y a veces mortales enfrentamientos ideológicos entre izquierda y derecha en los albores de la guerra civil. Es decir, me hizo entender de manera muy directa lo que era el fanatismo.

El libro, editado por Planeta en 1980, fue producto de irrepetibles circunstancias personales y profesionales y, al no poder llevar a cabo ahora su revisión en profundidad a la luz de conocimientos adquiridos posteriormente, he decidido que se reimprima tal cual, sin engañosas modificaciones «silenciosas». Únicamente he corregido las erratas de imprenta identificadas y algún desliz estilístico especialmente ofensivo. El tiempo, que nos pone a todos en nuestro sitio, se ocupará de juzgar la calidad de mi indagación sobre el fundador de la Falange, hombre brillante y carismático no apto en el fondo, me parece, para líder fascista. Indagación, eso sí, que se pretendió, dentro de lo que cabía, objetiva.

IAN GIBSON

Madrid, mayo de 2008

Agradecimientos de la edición de 1980

Me habría sido imposible escribir este libro sin la ayuda y el apoyo de muchas personas. Pienso especialmente en mi esposa y compañera Carole, cuya fe en mi labor nunca ha desfallecido. También quiero dedicar unas especiales palabras de gratitud a los funcionarios de la Hemeroteca Municipal de Madrid, que me han atendido siempre con mucha amabilidad. Debo expresar también mi agradecimiento a las siguientes personas cuya aportación a mi tarea investigadora ha sido, en diversos órdenes y en distintas medidas, particularmente útil; José M.^a Alfaro, Juan Aparicio, José M.^a de Areilza, José Bergamín, Rafael Borràs Betriu, Antonio Bouthelier Espasa, Gerald Brenan, Fina de Calderón, Tomás Castaño, Josefina Cedillo, José Fernández Berchi, Raimundo Fernández-Cuesta, José Luis Franco Grande, Miguel García-Posada, Alfonso García Valdecasas, Ramón Garriga, José M.^a Gil Robles, Ernesto Giménez Caballero, Francisco Giner de los Ríos, Gunter Grossbach, Gabriel Jackson, José Luis Jerez-Riesco, José Landeira Yrago, Margarita Larios, Trinidad Ledesma Ramos, Juan Antonio Maravall, Eutimio Martín, Ángel Mateos, conde de Mayalde, Mariano del Mazo, marquesa de Narros, Helen Oppenheimer, José M.^a Pemán, Narciso Perales, Antonio Prat y Sáenz de la Heredia, Miguel Primo de Rivera y Urquijo, Pedro Sainz Rodríguez, Ramón Serrano Suñer, Herbert Southworth, Daniel Sueiro, marquesa de Valdeiglesias, Manuel Valdés Larrañaga, Pilar Varela, Ángel Viñas.

«Yo, por mi parte, serviría para todo menos
para caudillo fascista».

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, 1933*

«José Antonio Primo de Rivera fue un soñador
con sueños cimentados en violencias».

INDALECIO PRIETO, 1947**

* Carta de José Antonio a Julián Pemartín, 2 de abril de 1933.

** Indalecio Prieto, «El testamento de Primo de Rivera», 24 de mayo de 1947, recogido en *Convulsiones de España* (México, Oasis, 1967), I, p. 143.

Citas y referencias. Advertencia al lector

Todas las citas de José Antonio Primo de Rivera, o referencias a sus escritos y discursos, se toman de las *Obras completas* (así llamadas) recopiladas por Agustín del Río Cisneros (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976, dos tomos): siglas *OC*.

En cuanto a las citas de, o referencias a, libros o artículos de otros autores, adoptamos la siguiente norma: en la primera mención o cita se da el nombre completo del autor, seguido por el título del trabajo, lugar de publicación, editor y fecha y, en las que siguen, sólo el nombre del autor, y página, o páginas, a que se alude. En el caso de obras colectivas, en la segunda mención y siguientes se da sólo un título abreviado. Cuando se trata de dos o más títulos de un mismo autor, se da, después de la primera referencia, sólo el nombre del autor seguido por un título abreviado. Las primeras referencias a las obras mencionadas (de las cuales no todas se encuentran en la bibliografía) se pueden localizar fácilmente al consultar el índice.

Reflexiones sobre «La España eterna»

Madrid, plaza de Oriente, domingo 18 de noviembre de 1979. «20-N». Francisco Franco Bahamonde y José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, ausentes y presentes. Un sol espléndido —expresamente concedido por Dios a instancias de Franco, en opinión de uno de los concurrentes— luce sobre las cabezas de la muchedumbre, y hace centellear a lo lejos las nevadas cimas de Guadarrama. Banderas rojigualdas, pañuelos, bufandas y gorras con los colores nacionales. Pegatinas, «Cara al sol», insignias y grandes pancartas ondeadas por el entusiasmo: «Monzón no nos engaña, Vascongadas y Navarra son España»; «Sin discusión ni negociación, Gibraltar es español»; «No a los estatutos»; «Aragón es España»; «Andalucía defenderá la unidad española»; «España, una y no cincuenta y una».

Por todas partes, en todos los labios, la palabra unidad. Es la obsesión de los oradores. Luis Peralta España, secretario de la Confederación Nacional de Excombatientes, habla de «la sagrada e indisoluble unidad de la patria». Luis Jáudenes pide «unidad y entendimiento para evitar la liquidación de España y la desaparición de los valores morales y religiosos que le son propios». Para el carlista Santiago Martínez Campos, «se trata de mantener la unidad de la patria, y cueste lo que cueste se ha de conseguir. Pero no sólo aquí y hoy, sino todos los días del año y en cada rincón de España, porque el enemigo no descansa y trabaja a diario». Otro carlista, J. E. Casariego, teme que España, con las autonomías, «en un bárbaro salto regresivo, disfrazado de falsos progresismos, retorne a las tribus celtibéricas y los reinos de taifas», mientras que, para Raimundo Fernández Cuesta, «la unidad de España ha sido puesta en trance de ruptura por decisión unilateral de quienes no se

consideran españoles, en contra de la voluntad de los que tienen a honor el serlo, como si a éstos esta unidad no les afectase o les fuese indiferente». Blas Piñar proclama que España, «otra vez en peligro, nos convoca para mantenerla unida, frente a toda desunión», y José Antonio Girón que «nos reúne algo que no admite demoras ni desviaciones: la unidad. Todos sabéis que España está seriamente amenazada por el enemigo de siempre»¹.

Leer estos discursos es convencerse de que, entre 1933 —acto del teatro de la Comedia y fundación de Falange Española— y 1979 —acto de la plaza de Oriente—, el pensamiento de las «fuerzas nacionales» apenas ha avanzado un paso. Es más: diríamos que ha retrocedido. En el acto del 18 de noviembre de 1979 no se oyó ni una sola opinión original sobre la realidad española y, aunque se habló mucho, eso sí, de rescatar o *salvar* a España de la amenaza del separatismo, de las Internacionales del capitalismo y del marxismo, etcétera, nadie trató de explicar cómo podría ser la España así puesta a salvo, ni qué papel podría desarrollar en el mundo moderno. Donde José Antonio hablaba de la unidad de España en función de una gran empresa nacional, de un «destino universal» que diese sentido a la vida colectiva de los españoles, Blas Piñar, Fernández Cuesta y sus compañeros no tenían nada que ofrecer. Hablaban de *esperanza*, de *futuro*, pero realmente lo que trascendía era una profunda *nostalgia*, no sólo en relación con los dos desaparecidos héroes de la España nacional, sino con algo más antiguo, más lejano, más intangible: el perdido Imperio español y la pujanza que lo hizo posible.

Esta añoranza no es nueva. El pensamiento español conservador —y no sólo el de la Falange y sus afines— ha estado obsesionado desde hace mucho tiempo por la memoria de la pasada grandeza de la nación (Fernando e Isabel, la Reconquista, el descubrimiento y colonización de América, la Reforma —España como «brazo diestro del catolicismo»—; Carlos V, Felipe II, etcétera), angustiado por la larga decadencia posterior (desde la pérdida de las primeras colonias hasta el Desastre de 1898 y, después, las guerras de África), y perseguido por la visión de un gran renacimiento nacional². «En todo el pensamiento de la España contemporánea —ha escrito Pierre Vilar— hallaremos siempre esa presencia del Siglo de Oro»³. Es cierto, y no hay estudiante de cultura española que no conozca los textos fundamentales de la llamada «generación del 98» sobre el «problema de España» y que no haya

meditado, con Unamuno, Ganivet, Azorín, Maeztu, Baroja, Antonio Machado y sus sucesores, acerca del tan llevado y traído tema del porqué de la decadencia de la nación.

No cabe duda de que las ideas de José Antonio Primo de Rivera, nacido en 1903, fueron profundamente influidas por los escritores del 98 y, más concretamente, por su sucesor José Ortega y Gasset. Desde el momento de la aparición de José Antonio en el escenario político español, en 1930, hasta su muerte en 1936, expresaría ideas sobre la «esencia» de España —o como él solía llamarla, «el genio permanente» o «genio perenne» de España— y sobre la «misión» española en el mundo cuya deuda con la generación del 98 y con Ortega sería innegable y, a menudo, reconocida por él mismo. Estas ideas matrices, que apenas sufrieron modificaciones durante los pocos años de actividad política de José Antonio, eran la base sobre la cual se construyó buena parte de la doctrina falangista, y después la del Estado de Franco. Por lo tanto, nos parece necesario comentarlas aquí con cierto detenimiento, y relacionarlas con sus antecedentes.

JOSÉ ANTONIO Y CASTILLA

Los hombres de 1898, obsesionados por la decadencia de España y empeñados en desentrañar sus causas, fijaron su atención preferentemente en Castilla —corazón de España, cuna de la Reconquista— y desarrollaron la noción de que, si se pudiera volver a reanimar el espíritu castellano de los días heroicos de los siglos XV y XVI, el país podría abrirse otra vez camino en el mundo. En *En torno al casticismo* (1895), Miguel de Unamuno, cuya influencia sobre los jóvenes escritores del 98 era crucial, había identificado la esencia de España, su «intrahistoria», con el alma de Castilla («lo castizo, lo verdaderamente castizo, es lo de vieja cepa castellana»), alma forjada en la cotidiana lucha con el despiadado clima de la meseta: «nueve meses de invierno y tres de infierno». El hombre que habita el duro paisaje castellano, según Unamuno, «siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma», y un imperioso deseo de liberación, o bien hacia arriba (misticismo) o bien hacia el mar y la aventura (impulso heroico o militar). Tanto el misticismo como la empresa imperial se consideran, desde esta óptica, como expresión íntima y *permanente* del alma castellana. Unamuno, al con-

templar la decadencia del campesino castellano a finales del siglo XIX, medita sobre su heroico pasado y su posible regeneración:

Estos hombres tienen un alma viva y en ella el alma de sus antepasados, adormecida tal vez, soterrada bajo capas sobrepuestas, pero viva siempre. En muchos, en los que han recibido alguna cultura sobre todo, los rasgos de la casta están allí.

Esa alma de sus almas, el espíritu de su casta, hubo un tiempo en que conmovió al mundo y lo deslumbró con sus relámpagos, y en las erupciones de su fe levantó montañas⁴.

Antonio Machado, gran amigo de Unamuno y poeta admirado por José Antonio, daría forma poética a ideas muy parecidas en *Campos de Castilla* (1912). Como Unamuno, Machado se conmovía al comparar la Castilla actual («Castilla miserable, ayer dominadora / envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora»), una Castilla poblada de «atónitos palurdos sin danzas ni canciones», con su pasado tan vital, tan expansivo, tan creativo. En su poema «A orillas del Duero», meditación sobre el tema del tiempo y las fortunas de Castilla, Machado se dejaría llevar por una nostalgia muy parecida a la que encontramos veinte años después en textos jonsistas y falangistas —y casi setenta años después en los féridos discursos de la plaza de Oriente:

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrstra es hoy apenas de humildes ganapanes.
Castilla no es aquella tan generosa un día,
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,
ufano de su nueva fortuna y su opulencia,
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,
pedía la conquista de los inmensos ríos
indianos a la corte, la madre de soldados,
guerreros y adalides que han de tornar, cargados
de plata y oro, a España, en regios galeones,
para la presa cuervos, para la lid leones...

El pensamiento político de José Antonio, y por tanto de la Falange, parte de la premisa noventaiochista de que la esencia española es castellana, premisa compartida con los jonsistas, para

quienes Castilla es el «corazón del tronco racial», «la madre de naciones y maestra de España» y «la región matriz»⁵. En ningún sitio expresó tan clara y tan «poéticamente» esta visión José Antonio como en el discurso pronunciado en Valladolid el 4 de marzo de 1934. «Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla los que vivimos a menudo apartados de ellos», empezó. La tierra y el cielo de Castilla son intransigentes, «absolutos», sin sombras, y para José Antonio la meseta es «depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes». Y justamente porque el cielo y la tierra castellanos son «absolutos», José Antonio afirma que Castilla reacciona contra estrechos localismos y «ha tenido que aspirar, siempre, a ser Imperio». Era una idea que ya había sido desarrollada algunos años antes por los pensadores del grupo de Ledesma Ramos, Onésimo Redondo y *La Conquista del Estado*. Continúa José Antonio:

Así Castilla, esa tierra esmaltada de nombres maravillosos —Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres—, esta tierra de Cancillería, de ferias y castillos, es decir, de Justicia, Milicia y Comercio, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con la nostalgia de su ausencia (*OC*, I, 327).

Cuando José Antonio terminó su discurso al exclamar «¡Castilla, otra vez por España!» no se hacía eco solamente de la consigna de Onésimo Redondo «¡Castilla, salva a España!», sino que pensaba posiblemente en una frase de Ortega en *España invertibrada* (1921): «Porque no se le dé vueltas. España es una cosa hecha por Castilla, y hay razones para ir sosteniendo que, en general, sólo cabezas castellanas tienen órganos suficientes para percibir el gran problema de la España integral»⁶.

José Antonio, pues, cree que Castilla es la esencia de España —habla como sacerdote del culto místico de la eterna Castilla— y que dentro del alma castellana se ocultan, intactas, las virtudes heroicas de la raza. Una y otra vez encontramos en sus discursos y artículos la idea de que este «espíritu perenne de la raza» puede ser redescubierto, excavado, como si se tratara de un vivo tesoro oculto. Unamuno había dicho, en el pasaje que hemos citado, que

el alma castellana estaba «soterrada bajo capas superpuestas». Para José Antonio, «tenemos todavía nuestra España, y no hay más que escarbar un poco para que la encontremos. España está ahí, y un día encontraremos a España» (*OC*, I, 206).

José Antonio explica que, en momentos de crisis, esta España eterna emerge indefectiblemente para defenderse contra sus enemigos. En octubre de 1934, por ejemplo, cuando las virtudes de «la Santa Inquisición y los maridos calderonianos» habían cedido el paso a «la más ejemplar mansedumbre», y los revolucionarios de Asturias y de Barcelona casi lograron su propósito de destruir la sagrada unión de la nación, ¿qué pasó?: «A la hora decisiva afloró del subsuelo de España la corriente multiseccular que nunca se extingue. Surgió la vena heroica y militar de España; el genio subterráneo de España» (*OC*, I, 460).

Comentando los mismos acontecimientos en las Cortes el 6 de noviembre de 1934, José Antonio desarrolló esta idea y recurrió otra vez a imágenes que podríamos llamar espeleológicas:

Ni el Estado español, ni la sociedad española se hubieran defendido con brío frente a la revolución si no hubiera entrado en juego el factor, que siempre nos parece imprevisto, pero que no falta nunca a la cita en las ocasiones históricas, de ese genio subterráneo de España, de esa vena perenne de España que, ahora como siempre, albergada en uniformes militares, en uniformes de soldaditos duros, de oficiales magníficos, de veteranos firmes y de voluntarios prontos, una vez más, ahora como siempre, ha devuelto a España su unidad y su tranquilidad (*OC*, I, 473).

Algunos meses después, en el primer número de la revista falangista *Haz*, revista de estudiantes, José Antonio volvió a utilizar una imagen parecida:

Nosotros, estudiantes, no os llamamos con la invocación del nombre de España a una charanga patriótica. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar bajo los escombros de una España detestable la clave enterrada de una España exacta y difícil (*OC*, I, 594).

Y, en la misma revista, el 19 de julio de 1935, explicó que había una sola manera de remediar los males de la patria, a saber:

... metiendo el arado más profundo en la superficie nacional y sacando al aire todas las reservas, todas las energías, en un empuje colectivo que un entusiasmo formidable encienda y que una decisión de tipo militar ejecute y sirva (*OC*, II, 727).

En las teorías de José Antonio sobre la heroica y militar esencia de España y el «genio subterráneo» de la raza —y conste que no eran más que teorías o hipótesis aunque se convirtiesen luego en dogma de la Falange—, y en la imaginería que utilizaba para expresarlas, yace implícita la noción de que la vida del campo es superior a la de la ciudad, y que el campesino es moralmente mejor que el obrero industrial y menos contaminado que él por ideas falsas. La Falange dirigió sus mayores esfuerzos propagandísticos hacia las regiones agrícolas más subdesarrolladas del país, y antes de la guerra apenas tuvo influencia en los grandes centros industriales. La sobrevaloración falangista del campo —menosprecio de la Corte y alabanza de la aldea— ha sido muy bien analizada por Heleno Saña:

En los centros industriales y fabriles del país —como Cataluña, Asturias o Vascongadas— su repercusión fue verdaderamente reducida. Los ámbitos nacionales con una gran tradición política eran impermeables a la propaganda falangista, pues su estilo, expresado mediante un lenguaje entre místico, poético y militar, sólo podía hallar un auditorio propicio entre clases de población socialmente desfasadas y políticamente arcaicas. Geográficamente, la Falange sólo pudo abrir algunas brechas en la España mesetaria y pobre, sublimada por Unamuno [...] En la España costera, dotada de una burguesía y de un proletariado vigoroso, su influencia fue exigua [...] La exaltación del campo, aunque obedecía en parte a una sincera indignación por la miseria en que se hallaba la clase campesina española, tenía por objeto básico movilizar las reservas políticas del país con menos preparación teórica —la clase campesina— y lanzarlas contra la vanguardia revolucionaria del proletariado industrial, ubicado en las grandes ciudades. Sociológicamente, la concepción falangista sobre el significado de las zonas rurales y agrarias era el reflejo de una visión anacrónica de la historia y de las fuerzas sociales. Su virus reaccionario consistía en la tendencia irracional de querer negar el industrialismo y retroceder a una sociedad y tipo de producción paternalistas⁷.

«UNIDAD DE DESTINO EN LO UNIVERSAL»

Sabemos que la unidad española ha sido siempre una obsesión de la Falange. José Antonio insistiría una y otra vez en que el Imperio, fundado bajo inspiración divina por Fernando e Isabel y desarrollado por sus sucesores, sólo había sido posible como consecuencia de la previa unificación interna del país, unificación tanto territorial como religiosa:

Se dijera que su destino universal [Primo de Rivera se refiere al destino de España], el que iba a darle el toque mágico de nación, aguardaba el instante de verla unida. Las tres últimas décadas del quince asisten atónitas a los dos logros, que bastarían por su tamaño para llenar un siglo cada uno: apenas se cierra la desunión de los pueblos de España se abren para España —allá van los almirantes vascos en naves de Castilla— todos los caminos del mundo (*OC*, I, 229)⁸.

Esta interpretación historiográfica —que procede de Ortega y Gasset— se convirtió en dogma de la Falange (lo sigue siendo), y trajo consigo el corolario de que cualquier conato autonomista vasco o catalán, cualquier aspiración separatista, es, literalmente, un crimen contra España y su sagrada unidad. Nos parece que este concepto es sentido sinceramente por las «fuerzas nacionales», hoy como ayer, y que, como tal, merece comprensión si no aceptación por parte de los que tienen otras ideas sobre el tema. Pues bien, en 1933 José Antonio encapsuló dicho dogma en una lapidaria definición de España y de su «misión» en el mundo que, a partir de entonces, aparecería insistentemente en sus discursos y artículos: «España es una unidad de destino en lo universal». Se podrían dar cientos de ejemplos de cómo utilizaba, y a veces explicaba al mismo tiempo, esta definición José Antonio. Basten dos o tres:

Nosotros amamos a Cataluña por española, y porque amamos a Cataluña la queremos más española cada vez, como al país vasco, como a las demás regiones. Simplemente por eso, porque nosotros entendemos que una nación no es meramente el atractivo de la tierra donde nacimos, no es esa emoción directa y sentimental que sentimos todos en la proximidad de nuestro terruño, sino que una nación es *una unidad en lo universal*, es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la Historia. Por eso,

porque España cumplió sus destinos universales cuando estuvieron juntos todos sus pueblos, porque España fue nación hacia fuera, que es como de veras se es nación, cuando los almirantes vascos recorrían los mares del mundo en las naves de Castilla, cuando los catalanes admirables conquistaban el Mediterráneo unidos en naves de Aragón, porque nosotros entendemos eso así, queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de lo trascendental, el patriotismo de la gran España (*OC*, I, 240-241).

España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos (*OC*, I, 478).

España es una unidad de destino en lo universal. Esto es lo importante. Eso que nos une a todos y unió a nuestros abuelos y unirá a nuestros descendientes en el cumplimiento de un mismo gran destino en la Historia (*OC*, II, 864).

José Antonio no era un pensador original, y este concepto de España como «unidad de destino en lo universal», aunque la formulación lingüística precisa sea suya, procede, en gran parte, de Ortega, tanto de *España invertebrada* cuanto de sus discursos en las Cortes anteriores a 1933. En uno de éstos, pronunciados durante el debate sobre el Estatuto de Cataluña en mayo de 1932, Ortega sostuvo la tesis de que el problema del separatismo catalán no tenía solución y que había, pues, que «conllevarlo» lo mejor posible y «renunciar a la pretensión de curar radicalmente lo incurable». Y dio a continuación una definición del nacionalismo cuya relación con el pensamiento de José Antonio en la materia salta a la vista:

¿Qué es el nacionalismo particularista? Es un sentimiento de contornos vagos, de intensidad variable, pero de tendencia sumamente clara que se apodera de un pueblo o colectividad y la hace desear ardientemente vivir aparte de los demás pueblos y colectividades. Mientras éstos anhelan lo contrario: a saber, adscribirse, integrarse, fundirse en una gran unidad histórica, en esa radical comunidad, de destinos que es una gran nación, esos otros pueblos sienten, por una misteriosa y fatal predisposición, el afán de quedar fuera, exentos, señeros, intactos de toda fusión, reclusos y absortos dentro de sí mismos⁹.

Son palabras que hubiera podido escribir José Antonio. Para éste el Estatuto catalán constituye, sencillamente, un crimen contra España, y se refiere en 1934 a los resultados de su promulgación como «dos años de deshispanización» (*OC*, I, 516) y a Cataluña como «una región en que no sabemos suficientemente arraigado el sentido de la unidad nacional» (*OC*, I, 519). En su crítica de Manuel Azaña, arquitecto del Estatuto, José Antonio no se entrega al abuso personal practicado por otros detractores del ex primer ministro. Sin embargo, le parece que el Estatuto hizo inevitables los acontecimientos de octubre de 1934 y que, en consecuencia, Azaña merece un ejemplar castigo:

Si a los cuatro días o los seis días del 6 de octubre de 1934 el Estado español, considerando a don Manuel Azaña representante de un sentido opuesto e incompatible con el propio Estado, le hubiera hecho fusilar por un piquete, es muy posible que hubiese cometido una injusticia penal, pero es evidente que hubiera servido una justicia histórica (*OC*, I, 586).

Cabe subrayar, finalmente, que la preocupación por la universalidad del destino español encuentra expresión ya, en 1931, en el manifiesto del grupo de *La Conquista del Estado*, capitaneado por Ramiro Ledesma Ramos, discípulo de Ortega y colaborador de *La Revista de Occidente*: «Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconexionado de los destinos universales»¹⁰. José Antonio, como ya hemos dicho, no era un pensador original.

LA VIDA COMO «EMPRESA»

Íntimamente ligada a la preocupación de José Antonio por la unidad de España y por el Imperio (tema este que examinaremos en un momento) es la noción de la vida como *empresa*. Es otra palabra clave de su pensamiento. José Antonio no admite dudas acerca de la existencia del Dios católico («La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es además, históricamente, la española», *OC*, I, 225), y estima que el hombre ha sido creado por Dios para realizarse en la acción, en el servicio. «Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve», le explica a Juan Ignacio Luca de Tena, director de *Abc*, en 1933, añadiendo: «Sólo es

grande quien se sujeta a llenar un sitio en el cumplimiento de una empresa grande» (OC, I, 164). Y otra vez: «La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande» (OC, I, 319). La verdadera felicidad está en saber encontrar la vocación y luego vivir en armonía con ella:

He visto a muchos hombres que en medio de las profesiones más apasionantes —como, por ejemplo, la magnífica, total, humana y profunda profesión militar— soñaban con *escaparse* un día, con hallar un portillo que los condujera a la tranquilidad burocrática o al ajetreo mercantil. Éstas son gentes que viven una falsa existencia; una existencia que no era la que les estaba destinada. A veces siento pirandelliana angustia por la suerte de tantas auténticas vidas que sus protagonistas no vivieron, prendidos a una vida falsificada. Por eso miro en lo que vale el haber encontrado la vocación. Y sé que no hay aplausos que valgan, ni de lejos, lo que la pacífica alegría de sentirse acorde con la propia estrella (OC, I, 593).

La vida entendida como servicio a una empresa grande sólo puede tomar dos formas para Primo de Rivera: «No hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar» (OC, II, 473). «Lo religioso y lo militar son los únicos dos modos enteros y serios de entender la vida» (OC, II, 812). La Falange solía afirmar que su peculiar «estilo» integraba ambos modos de entender la vida, pero en la práctica mostraba preferencia marcada por lo militar. José Antonio se ufanaba de la tradición militar de su familia y tenía un claro concepto de lo que, para él, significaba la guerra en la vida de los pueblos: «La guerra es inalienable al hombre. De ella no se evade ni se evadirá. Existe desde que el mundo es mundo, y existirá. Es un elemento de progreso. ¡Es absolutamente necesaria!» (OC, II, 954). También gustaba de citar a Spengler, para quien «a última hora siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización», cita oportunamente intercalada por José Antonio en su conocida «Carta a los militares de España», del 4 de mayo de 1936 (OC, II, 989).

Pues bien, si el individuo sólo puede realizarse plenamente al vivir su vida vocacional con intensidad religiosa y militar, pasa lo mismo con las naciones: sin gran empresa (quehacer, misión) no hay nación grande. Otra vez José Antonio lo ve todo en blanco y negro:

O se es un país inmenso que cumple una misión universal, o se es un pueblo degradado y sin sentido. A España hay que devolverle la ambición de ser un país director del mundo (*OC*, I, 306).

Aquel mismo año de 1492 en que logró España acabar la empresa universal de desislamizarse, encontró la empresa universal de descubrir y conquistar un mundo (*OC*, I, 321).

España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales (*OC*, I, 428).

España, desde que existe, es y será siempre un quehacer; que España se justifica por una misión que cumplir (*OC*, I, 541).

Una nación es siempre un quehacer, y España de singular manera. O la ejecutora de un destino en lo universal o la víctima de un rápido proceso de disgregación (*OC*, II, 900).

Hemos dicho que José Antonio no es un pensador original. Tampoco lo es en su insistencia sobre la vida —tanto la del individuo cuanto la de la nación— como *empresa*. Todo está ya dicho en la *España invertebrada* de Ortega y pasa por los jonsistas, y especialmente por Ernesto Giménez Caballero, antes de llegar a las formulaciones del jefe de Falange. Para Ortega, preocupado por la *desarticulación* de España que ve reflejada a la vez en los movimientos separatistas y en las divisiones de clase, «Las naciones se forman y viven de tener un programa para mañana» (p. 27). Es decir, con un programa de acción:

Sólo la acción, la empresa, el proyecto de ejecutar un día grandes cosas, son capaces de dar regulación, estructura y cohesión al cuerpo colectivo (p. 59).

Sólo una acertada política internacional, política de magnas empresas, hace posible una fecunda política interior, que es siempre, a la postre, política de poco calado (p. 36).

Los imperios romano y español empezaron a tambalearse, según Ortega, cuando perdieron la visión de su misión universal:

El día que Roma dejó de ser este proyecto de cosas por hacer mañana, el Imperio se desarticuló (p. 27).

Mientras España tuvo empresas a que dar cima y se cernía un sentido de vida común sobre la convivencia peninsular, la incorporación nacional fue aumentando o no sufrió quebranto (p. 41).

En *España invertebrada*, además, Ortega expresa ideas sobre la guerra que influyeron poderosamente en José Antonio. Para este filósofo la guerra es «la gran cirugía histórica», un proceso natural e inevitable, y se puede verificar la vitalidad o falta de vitalidad de una nación al conocer la calidad de su ejército: «El grado de perfección de su ejército mide con pasmosa exactitud los quilates de la moralidad y vitalidad nacionales» (p. 31). Con tales ideas es normal que Ortega considere como un tremendo defecto el pacifismo español del momento, resultado de la desilusión que trajo consigo la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas en 1898, y del deprimente espectáculo de los miles de harapientos soldados que volvieron entonces a España. En un pasaje que sería elogiado por Giménez Caballero en *Genio de España* (1932), Ortega medita sobre la actual situación del ejército español:

Un ejército no puede existir cuando se elimina de su horizonte la posibilidad de una guerra. La imagen, siquiera el fantasma de una contienda posible, debe levantarse en los confines de la perspectiva y ejercer su mística, espiritual gravitación sobre el presente del ejército. La idea de que el útil va a ser un día usado es necesaria para cuidarlo y mantenerlo a punto. Sin guerra posible no hay manera de moralizar un ejército, de sustentar en él la disciplina y tener alguna garantía de su eficacia (p. 59).

Con la pérdida de las últimas colonias americanas, el único horizonte abierto a la ambición militar era África, escenario, en la época en que Ortega publica *España invertebrada*, de continuos fracasos de las armas españolas y, en julio de 1921, del desastre de Annual. Las heridas de Annual serían sólo en parte restañadas por el general Miguel Primo de Rivera en 1925, con la victoria de Alhucemas; y la reivindicación de un nuevo Imperio español en África, donde el prestigio nacional había sido «pisoteado por moros»¹¹, se haría cada vez más explícita con el crecimiento del fascismo en los años 30.

La idea de una gran empresa nacional preconizada a partir de 1933 por José Antonio no era, lo hemos visto, original, y arrancaba en gran parte de Ortega. Quisiéramos subrayar, además, que antes de que se alzara la bandera de la Falange, Ernesto Giménez Caballero había comentado profusamente las tesis de Ortega en *Genio de España* (1932) y destacado su importancia en relación con el naciente fascismo español. José Antonio admiraba este libro, y no cabe duda de que el comentario de Giménez Caballero influyó decisivamente —además de la lectura directa de Ortega— en la elaboración de su doctrina política.

JOSÉ ANTONIO Y EL IMPERIO

Hemos mencionado ya la tenaz obsesión española por la pérdida del Imperio. Por lo que toca a la preocupación imperial del naciente fascismo español, tan consciente del resurgimiento italiano y de su agresiva política externa, hay que señalar que *La Conquista del Estado* de Ledesma Ramos reivindica desde su aparición (marzo de 1931) la expansión imperial, y no sólo en el sentido metafórico-espiritual del concepto. «Vamos a la afirmación de la cultura española con afanes imperiales», afirma el manifiesto del grupo¹². El símbolo de «La garra hispánica y el imperio solar» con el lema «No parar hasta conquistar» que aparece en varios números de la revista es bastante explícito, mientras que el manifiesto de las JONS (finales de 1931) reivindica Gibraltar, reclama Tánger y aspira al dominio de Marruecos y Argelia¹³. Entre 1931 y la fundación de la Falange en noviembre de 1933, la palabra Imperio llega a ocupar un puesto clave en la retórica jonsista, indicio de lo cual es el célebre artículo de Juan Aparicio, «Imperio o anarquía», publicado en el segundo número de *JONS* (junio de 1933). No podemos menos de citar un pasaje de este artículo que no sólo expresa bien el tema tratado, sino que nos proporcionó una de las pocas risas que hemos experimentado al entregarnos al estudio de José Antonio:

IMPERIO: Descubrimiento de América. Esto es, el mayor ejemplo de potencia expansiva que conoce la Historia. Dilatándonos en el transcurso de un siglo desde la California y la Florida hasta el Cabo de Hornos. El conquistador se traga a la tierra. El espacio se achica, desaparece ante la maravilla del hombre.

ANTEIMPERIO: Copia de un parte militar de la última campaña de la Monarquía en África: «Hemos avanzado del kilómetro 48 al kilómetro 49» (p. 56).

José Antonio siente la nostalgia del Imperio y, tal vez por haber pasado buena parte de su infancia cerca de Cádiz, suele referirse a él preferentemente en términos marinos, recordando a menudo las «naves imperiales de España». Para José Antonio, la patria es «un gran barco donde todos debemos remar, porque juntos nos hemos de salvar o juntos perecer» (*OC*, II, 937), y el líder nacional ideal sería «rector del rumbo de la gran nave de la Patria» (*OC*, I, 610). Dándose cuenta de la significación histórica del hecho de que las insurrecciones de Asturias y de Cataluña fueron suprimidas un 7 de octubre (de 1934), José Antonio observa que «sobre las calles resplandecía el sol que otro 7 de octubre brilló sobre las naves de Lepanto» (*OC*, I, 613), y, el 18 de abril de 1935, apunta amargamente en *Arriba* que «la última línea de barcos españoles ha emprendido su postrer viaje a América», dejando así «libres los caminos atlánticos a las quillas de otras naciones» (*OC*, II, 652). En otra ocasión, un mes después, el jefe de la Falange exclama en Málaga, durante una comida celebrada al aire libre bajo un toldo y frente al Mediterráneo: «Hagamos de esta lona una vela navegante y lancémoslos de nuevo por el mar a la conquista de las empresas imperiales. ¡Arriba España!» (*OC*, II, 733).

Es difícil creer que las constantes referencias de la Falange a «la voluntad de Imperio» fuesen simplemente metafóricas alusiones a un renacimiento espiritual de la raza, máxime después de leer los documentados estudios sobre el tema publicados por Herbert Southworth, para quien una de las metas fundamentales del fascismo es, precisamente, convertir en empresa imperial las energías revolucionarias de las masas de izquierdas¹⁴. Es un hecho que, en febrero de 1934, José Antonio afirmó en una entrevista que «No hay continentes ya por conquistar», pero añadió a continuación: «Pero va caducando ya en lo internacional la idea democrática que brindó la Sociedad de las Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de estas tres o cuatro» (*OC*, I, 306), lo cual demuestra que no descartaba la posibilidad de una futura actuación imperialista por parte de España. Doce días después volvió al tema: «Tenemos que esperar en una España que otra vez impere. Ya no hay

tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu» (*OC*, I, 318). Pero aunque no había la menor posibilidad de recuperar el Imperio americano, en África —tierra de promisión mucho más cercana— sí había «tierras que conquistar». Hemos visto que, en el manifiesto de las JONS, se reclamaba explícitamente Tánger y se aspiraba al dominio de Marruecos y Argelia. En su *Discurso a las juventudes de España* (1935), Ramiro Ledesma Ramos volvió al tema del nuevo imperio africano:

Si España venciese su actual crisis interna del lado favorable a su recobración nacional, entonces las perspectivas internacionales resultarían infinitas. Se atrevería a todo y podría atreverse a todo. A recuperar Gibraltar. A unir en un solo destino a la Península entera, unificados (ahí sí que cabe que se ingenien los partidarios de estatutos, federaciones y autonomías) con el gran pueblo portugués¹⁵. A *trazar* una línea amplísima de expansión africana (todo el norte de este continente, desde el Atlántico a Túnez, tiene enterradas muchas ilusiones y mucha sangre española). A realizar una aproximación política, económica y cultural, con todo el gran bloque hispano de nuestra América. A suponer para Europa misma la posibilidad de un orden continental, firme y justo¹⁶.

¿Es posible que José Antonio pudiese estar indiferente ante la realidad de un resurgimiento italiano cuyos afanes imperialistas africanos eran cada vez más aparentes? Creemos que su reacción ante la invasión mussoliniana de Abisinia deja bien clara su posición al respecto. Las democracias europeas fueron profundamente sacudidas por dicha invasión, que tuvo lugar a principios de octubre de 1935, y, en España, varios escritores de significación liberal y republicana, entre ellos Antonio Machado y Federico García Lorca, expresaron públicamente su desaprobación de la política imperialista del Duce¹⁷. José Antonio la aprobó, como era de esperar. Hablando el 2 de octubre en las Cortes, dijo que «el colonizar es una misión, no ya un derecho de los pueblos cultos», añadiendo que «el Imperio es la plenitud de los pueblos» y que, en su política abisinia, Italia expresaba legítimamente su destino¹⁸. ¿Cómo no ver en la intervención de José Antonio la probabilidad de que un estado fascista español, aliado de Hitler y de Mussolini, estaría dispuesto a *embarcarse* en una aventura imperialista en África?

La opinión de Ernesto Giménez Caballero sobre este tema es digna de tenerse en cuenta, y se puede seguir a través de las distintas ediciones de su libro *Genio de España*, publicado por vez primera en 1932. En la edición de 1932 el autor había exclamado: «Españoles: por primera vez desde tres siglos ¡hay un alma española que os promete seriamente, fundamental y fundamentalmente, optimismo, grandeza, reconstrucción y genialidad!»¹⁹.

En una extensa nota a este párrafo añadida a la edición de 1938, al acercarse el final de la guerra, Giménez explicó su concepto del imperialismo fascista como medio de superar la lucha de clases:

La consigna de «Imperio» lanzada por este libro en los momentos más antiimperiales de España —los de la República socialdemócrata del 14 de abril— pareció entonces una locura o un desvarío de poeta. Pero nosotros los poetas somos, a fin de cuentas, los hombres más prudentes y sensatos de un pueblo. Ignoraban aquellos social-demócratas que el «Imperio» era la única fórmula capaz de superarles su *lucha de clases*. No ahora, con los llamados regímenes totalitarios, sino desde que el mundo es mundo.

Nosotros —los imperiales— no ignoramos en cambio que la *lucha de clases* es una realidad eterna en la Historia. Porque siempre ha habido débiles y poderosos, feos y guapos, tontos e inteligentes, cobardes y valientes. Y siempre existirá la lucha y el odio, del miserable, del feo, del tonto y del cobarde contra el pudiente, el apuesto, el capaz y el hombre bravo.

Sólo ha existido en el mundo un sistema eficaz para superar ese encono eterno de *clases*: y es: trasladar esa lucha social a un plano distinto. Trasladarla del plano nacional al internacional. El pobre y el rico de una nación sólo se ponen de acuerdo cuando ambos se deciden a atacar a otros pueblos o tierras donde pueden existir riquezas y poderíos para todos los atacantes. El sentimiento de *igualdad social* en el ataque a otros países que son *desiguales* a nosotros. Esa *expansión* de pobres y ricos de un país, contra otras tierras, es lo que constituye la motivación íntima del *Imperio*²⁰.

Pensamos con Southworth que ningún teórico del fascismo español ha superado, al definir «la motivación íntima del *Imperio*», la exposición de Giménez Caballero²¹. Es evidente, además, que Giménez pensaba que, una vez terminada la guerra, España emprendería una expansión imperialista. En la edición de marzo de 1939

el autor de *Genio de España* escribe: «De este Ejército vencedor, al terminar la guerra, saldrá el núcleo que proseguirá nuestra Causa más allá de las fronteras» (p. 215). ¿Dónde? Sólo en África podía concebirse tal prosecución de la «Causa».

Es bien sabido, además, que Franco esperaba poder contar con el apoyo de Hitler en su empeño de llevar a cabo una expansión española al otro lado del estrecho. Ocupó Tánger (una de las reivindicaciones enunciadas en 1931 en el manifiesto de las JONS) y, en una carta entregada al Führer el 19 de junio de 1940, ofreció entrar en la guerra al lado de los nazis a condición de que, entre otras cosas, España recibiera como su parte del botín todo Marruecos (que sería un protectorado español), el Oranesado, nuevos territorios en el interior del Sahara español, y la expansión de sus posesiones en la región costera de Guinea española, entre el estuario del Níger y Cabo López²².

Aquel mismo verano Franco estuvo en Sevilla y pasó dos horas en el simbólico Archivo General de Indias. Según quien fue entonces archivero del mismo:

Se le invitó a firmar en el libro de oro del Archivo [...] Se fue decidido a donde estaba el libro y con su buena caligrafía escribió sin vacilar: «Ante las reliquias de un imperio, con la promesa de otro»²³.

Pero Hitler se negó a aceptar las demandas de Franco, demasiado exigentes a su parecer, y durante los meses siguientes los alemanes llegaron al convencimiento de que la ayuda bélica ofrecida por los españoles —agotados por los tres años de la guerra civil— era una quimera y nunca podría tener la eficacia que éstos pretendían. Se alejaba cada vez más, pues, la posibilidad de que España entrase en la guerra y de que se pudiesen realizar sus afanes imperialistas, absolutamente impracticables e impensables sin el concurso de las potencias fascistas²⁴. Entretanto se había publicado el célebre libro de José María de Areilza y Fernando María Castiella, *Reivindicaciones de España*, en el cual aquellos afanes se expresaron muy concretamente²⁵. Cuando tuvo lugar el desembarco norteamericano y británico en África, el 8 de noviembre de 1942, se desvaneció totalmente cualquier posibilidad de que se convirtiese en realidad el sueño de un nuevo Imperio español al otro lado del estrecho de Gibraltar, sueño en cuya divulgación había participado José Antonio Primo de Rivera:

Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera (*OC*, I, 318).

ALGUNAS PRECISIONES SOBRE EL YUGO Y LAS FLECHAS,
EMBLEMA DE LA FALANGE

En una nota a pie de página añadida a la segunda edición de su *Genio de España* (1934), Ernesto Giménez Caballero afirma que fue él quien primero percibió y proclamó —«con lucidez asombrosa», agregaría en 1938— la relación familiar existente entre el fascismo de Mussolini (el italiano *fascio*, como el español *haz*, procede del latín FASCIO) y el yugo y las flechas, símbolos de Fernando (F = flecha) e Isabel (I o Y = yugo), reyes tan venerados por los tradicionalistas españoles:

El *Haz* y el *Yugo* —símbolo unitario de los Reyes Católicos— fue propuesto por mí en 1928-1929, «Carta a un compañero de la Joven España», en mi libro *En torno al casticismo de Italia*, como signo nacional de futuridad. La idea fue recogida por Ramiro Ledesma Ramos en *La Conquista del Estado* (1931). Y dibujado por el carlista Roberto Escribano Ortega que fijó en cinco el número de flechas para que fuesen radiales al yugo, situado en la intersección del haz. Pasó a las JONS, y actualmente a *Falange Española*. Es hoy el emblema del naciente movimiento fascista, hacista, en España (Edición de 1939, p. 16, nota).

En su «Carta a un compañero de la Joven España», publicada en *La Gaceta Literaria* el 15 de febrero de 1929 antes de salir en el libro aludido, Giménez Caballero había escrito, exactamente:

Nudo y haz, Fascio: haz. O sea nuestro siglo xv, el emblema de nuestros católicos y españoles reyes, la reunión de todos nuestros *haces* hispánicos, sin mezclas de Austrias ni Borbones, de Alemanias, Inglaterras, ni Francias...

La España inmediatamente anterior a la unión de Fernando e Isabel la ve Giménez Caballero como «La España pre hacista», y la

nueva España de dichos reyes, como «fascista». Según este razonamiento, España fue la primera nación fascista de Europa, más de cuatro siglos *avant la lettre*: «Antes de que el fascismo de hoy surgiese en Italia hubo el hacismo de la España cuatrocentista».

En *Genio de España* (1932) Giménez Caballero desarrolla estas ideas, discurrendo sobre la significación simbólica del yugo y las flechas, y proclamando otra vez las raíces indígenas del fascismo español:

Para España el *fascio* existe antes de que lo clavara en su sombrero un Ítalo Balbo. Lo pusieron en su escudo nuestros Reyes Católicos. Su *haz* de flechas, en vez de estacas castrenses y lictorias. No necesitamos de símbolos prestados. Hemos sido nación un poco antes que la nueva y orgullosa Italia actual y que la prepotente Alemania. ¡Una pequeña diferencia de cuatro siglos! (Edición de 1939, p. 226).

Se comprende que, una vez adoptado el yugo y las flechas como símbolo de las JONS y luego de Falange Española de las JONS, surgiesen a *posteriori* diferentes versiones de su génesis y distintas candidaturas que reivindicasen la gloria del hallazgo. Giménez Caballero, como hemos visto, afirma que la primera idea fue suya, y que la recogió Ramiro Ledesma Ramos en 1931. Parece seguro, sin embargo, que la idea del símbolo fue propuesta, concretamente, por Juan Aparicio en la reunión fundacional de las JONS, y que éste la había tomado de una persona inesperada: el socialista Fernando de los Ríos. Aparicio —oriundo de Guadix, ciudad en cuyo escudo, además, figuran el yugo y flechas de Fernando e Isabel— había sido alumno del futuro ministro de la República en Granada. Relata Ledesma Ramos en *¿Fascismo en España?* (1935, pp. 76-77):

Por cierto que la elección de ese emblema contiene una anécdota curiosa. Se proponían varios. Unos, un león rampante. Otros, un sol con una garra de león dentro. Etcétera. Entonces, Juan Aparicio, que había estudiado Derecho en la Universidad de Granada, recordó ante el grupo que don Fernando de los Ríos, el líder socialista, explicando un día en su cátedra de Derecho político una lección sobre el Estado fascista, después de hacer alusión al emblema lictorio del hacha y de las vergas, dibujó en la pizarra el haz de flechas y el yugo, diciendo que éste sería el emblema del fascismo, de haber nacido o surgido en España.

Unánimemente fue reconocido por todos como el símbolo profundo y exacto que se necesitaba. Y no deja de tener interés esa especie de intervención que corresponde al profesor marxista, en el hallazgo de un emblema magnífico para los fascistas españoles.

Hay, sin embargo, un precedente anterior al de Fernando de los Ríos: el de Rafael Sánchez Mazas, que remonta al año 1927. Al final de una erudita conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander el 24 de enero de aquel año —«Algunas imágenes del Renacimiento y del Imperio»—, Sánchez Mazas, que conocía bien y admiraba profundamente la Italia de Mussolini, evocó la estatua de Carlos V, «El César nuestro», con que había tropezado en una plaza de Palermo. A continuación se refirió a su hallazgo de un escudo de los Reyes Católicos en la puerta de la casi derruida torre de Castellamare, sita en la misma ciudad siciliana, lo cual le había sugerido una serie de meditaciones sobre el Imperio español y el «equilibrio» de la pastoral (yugo, yunta) y la epopeya (flechas), considerado como meta nacional ideal por el conferenciante y futuro jerarca falangista:

Nunca tuvimos otro escudo mejor. Con su haz de flechas y su yugo arcaico él hacía pensar en la patria «rica de cosechas y de héroes» que Virgilio había soñado [...] En los trabajos y en los días de España, en las mocedades de un Imperio, he aquí los símbolos sin énfasis que batían al esfuerzo común. Significaban en sus acepciones más altas, más que predominio vanaglorioso, educación perfecta, hecha de soportar los yugos de las ciencias y de las artes y de afinarse en punterías y destrezas exactas de arquero.

Repongamos en el escudo yugo y haz. Si el yugo sin las flechas resulta pesado, las flechas sin el yugo corren peligro de volverse demasiado voladoras. Tornemos, más que a una política, a una disciplina, a una conducta, a una educación. Unamos a la laboriosidad cotidiana la audacia vigilante y el ojo seguro del sagitario [...]

¡Escudo virgiliano de la Reina Isabel! Haznos volar, aguijonear, arar, tender el arco en afinada puntería, espolear la yunta y el vuelo, tener una conciencia diaria del surco y de la trayectoria. Entre el yugo del buey y el haz de flechas tú podrías volverte nuestro cuadrante, en espera del mediodía.

La fecha de la conferencia, repetimos, es del 24 de enero de 1927, y el texto se publicó poco tiempo después en el *Boletín de la Biblio-*

teca Menéndez y Pelayo (IX, núm. 1, enero-marzo 1927). No cabe duda, pues, de que Rafael Sánchez Mazas fue el primer profascista español en proponer en letras de molde, y casi cinco años antes de la fundación de las JONS, una significación y utilización contemporáneas para los famosos símbolos de los Reyes Católicos.

Creemos que es poco sabido que, varios meses antes de la fusión de la Falange y las JONS —febrero de 1934— corrió entre las filas de la organización de Ledesma Ramos la voz de que la Falange iba a apropiarse como emblema suyo las flechas de la bandera jonsista²⁶. Las sospechas de las JONS no estaban sin fundamento. En el segundo número de la revista *FE* (11 enero 1934) apareció un dibujo anticapitalista y antimarxista que ostentaba un puño que encerraba un haz de cinco flechas (p. 14) y en otro dibujo del mismo número vemos la estrella marxista traspasada por una flecha fascista (p. 17). En el tercer número de la revista (18 enero 1934) aparece un dibujo de siete flechas anudadas por un cordón en la forma de F y E (p. 12), y en el quinto (1 febrero 1934) hay sendos dibujos de un marxista traspasado por la flecha fascista (p. 5) y de la bestia de las Internacionales del socialismo y del comunismo malherida por el mismo instrumento (p. 11). En el sexto número de la revista (8 febrero 1934) —último antes de la fusión de Falange Española con las JONS— un campesino saluda al sol de *FE* que se levanta emitiendo siete rayos en forma de flechas (p. 3).

Nada más efectuada la fusión, salió en *FE* (22 febrero 1934), en primera plana, el símbolo jonsista. José Antonio y sus compañeros falangistas se habían salido con la suya y ya poseían un espléndido y potente emblema, de resonancias nacionales, para su movimiento, emblema al cual, a partir de entonces, el líder falangista no desperdiciaría ocasión de aludir. Así, hablando por primera vez ante miembros de la nueva organización fusionada, el 4 de marzo de 1934, exclamaría:

Lo que queremos es que España, otra vez, se vuelva a sí misma y, con honor, justicia social, juventud y entusiasmo patrio, diga lo que esta misma ciudad de Valladolid decía en una carta al emperador Carlos V en 1516:

«Vuestra alteza debe venir a tomar en una mano aquel yugo que el católico rey vuestro abuelo os dejó, con el cual tantos bravos y soberbios se domaron, y en la otra, las flechas de aquella reina sin par, vuestra abuela doña Isabel, con que puso a los moros tan lejos».

Pues aquí tenéis, en esta misma ciudad de Valladolid, que así lo pedía, el yugo y las flechas: el yugo de la labor y las flechas de poderío. Así, nosotros, bajo el signo del yugo y de las flechas, venimos a decir aquí mismo, en Valladolid:

«¡Castilla, otra vez por España!» (OC, I, 318).

Después de la separación de FE de las JONS de Ledesma Ramos, era humano que este y los otros disidentes jonsistas reivindicasen la propiedad del símbolo del yugo y de las flechas tal como figuraba en el dibujo de Roberto Escribano, y amenazasen con llevar a José Antonio ante los tribunales si, además de jefe de la Falange, continuaba llamándose también «de las JONS»²⁷. Pero era inútil que se quejasen de la situación, ya que, estatutariamente, José Antonio, como jefe legal de la organización fusionada, estaba en su derecho al haber procedido contra ellos. Con la desaparición de Ledesma Ramos, con quien nunca se había llevado bien, José Antonio se sentía seguro de sí mismo y de su jefatura. Las defecciones habían sido pocas y, lo más importante de todo, la Falange se quedaba con el potente símbolo del yugo y las flechas. José Antonio expresó su satisfacción ante un periodista de *Informaciones*, Federico Urrutia:

Falange Española está de enhorabuena. Yo le aseguro a usted que todas esas acciones punibles que caían de lleno en el plano de la más vulgar delincuencia, y en las que luego aparecían como protagonistas afiliados a nuestra Organización, no volverán a repetirse, porque en esta última depuración nos hemos limpiado de todos aquellos elementos que pretendían darle a nuestro movimiento, que debe tener un carácter y un sentido ascético, poético y castrense, un matiz turbio de delincuencia y de hampa. Y esto ya es lo suficiente para que todo el que ame a España con el profundo amor filial con que nosotros la sentimos, lance un ¡hurra! por lo sucedido en lugar de prestarse a maniobras groseras de sus enemigos encubiertos, que no olvide usted suelen ser siempre los más peligrosos²⁸.

Ha sido nuestro propósito en este primer capítulo aislar algunas de las premisas fundamentales sobre las cuales se levantó la doctrina falangista, relacionarlas con algunos antecedentes noventaiochistas, orteguianos y jonsistas y, de modo general, indicar la poca originalidad del pensamiento de José Antonio sobre España y sus

problemas. Una de las mayores flaquezas de dicho pensamiento, a nuestro juicio, reside en la absoluta negativa del fundador de la Falange a admitir que las definiciones de España y su esencia lanzadas por él con fervor dogmático no son, en definitiva, sino hipótesis y suposiciones basadas sobre postulados inverificables («unidad de destino en lo universal», «el espíritu perenne de la raza», «la vena heroica y militar de España», «el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia»²⁹, «predicamos la creencia en España, en su inmortalidad y en su universal destino»³⁰. «Nosotros amamos a la eterna e incommovible metafísica de España»³¹, etcétera). Con una visión esencialmente arcaica de España, despegada de las complicadas realidades de la sociedad industrial contemporánea, es evidente que la Falange no podía esperar ganarse las simpatías de las masas obreras del país (fuese el que fuese su atractivo para algunos sectores del campesinado castellano), e igualmente evidente que tampoco se preocupaba demasiado por ello. Desde el momento de su aparición, como veremos luego, el partido concibió la conquista del Estado como un proceso que sería apoyado por las potencias fascistas en auge, pensando que, llegada la coyuntura europea deseada, podría tomar el poder en España sin el concurso de los obreros.

Sigamos ahora, con cierto detenimiento, los pasos de José Antonio Primo de Rivera en su camino hacia la fundación de la Falange.